



ADMINISTRACIÓN:
 RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14
 BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147
 Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:
 D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:
 D. PACIANO ROSS

— COLABORADORES —

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
 D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



DON CASTOR DE ANDÉCHAGA

REGIOS AUTÓGRAFOS Y MENSAJE

Á MI OFICIAL DE ÓRDENES DON JOSÉ DE ORBE

Graz, 23 de Abril, 91.

Mi querido Orbe: Fácil te será imaginar el dolor que me ha causado la muerte de tu padre, pues hartos sabes todo lo que para mí significaba. ¡De cuántas hermosas cualidades era símbolo perfecto y acabada representación! En él podían personificarse el heroísmo de mis voluntarios, la fidelidad tradicional y el tradicional apego á sus libertades de mis queridos vizcainos, y el apasionado culto á la Monarquía legítima, timbre de honor para la antigua nobleza castellana.

La muerte, que en tantos combates le vi buscar con temerario arrojo, no ha querido herirle, como él pedía á Dios, á caballo, y ofreciéndola á todos como digna coronación de lo que había sido su vida entera: ejemplo de sacrificio.

Pero si le ha negado la muerte del soldado, que fué su constante anhelo, la Providencia le ha concedido el fin del cristiano, con los consuelos de la Religión y de la familia.

Irreemplazable es su pérdida, y grande el vacío que deja en España. En cambio, lega á nuestra historia patria y á los anales militares de mi Causa páginas inmortales. Y en ellas el resplandor de su gloria aún bastaría para señalar claramente el camino del deber á los que se sientan con alientos para imitarlo.

Dios os conceda fuerzas á ti y á tu hermano, no sólo para soportar tan rudo golpe, sino para manteneros siempre á la altura de los excepcionales deberes que impone un nombre que obliga á tanto.

Así lo pido al Cielo, y así lo espero firmemente, consolándome esta seguridad en mi aflicción.

Cuenta siempre con el particular cariño que me merece el hijo del héroe y del amigo.

Tu afectísimo,

CARLOS.

AL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA DE ORBE

Querido Pepe: Acababa de escribir á tu buen padre, cuando recibo vuestro parte, que me ha afligido profundamente. ¡Sabes cuánto le quería y me comprenderás! Rezo y rezaré por él y por vosotros. Que Dios os dé fuerzas, á ti sobre todo, que tienes doble cruz que llevar. Mi corazón está con vosotros. Blanca y Beatriz, que están aquí, se unen á mí para daros á ti y tu hermano el más sentido pésame, pues ellas también saben lo que hemos perdido perdiendo á tu buen padre: para mí especialmente era un amigo como pocos.

Dios te asista y dé fuerzas: es lo único que puedo decir. Muy de veras lloro con vosotros, y quisiera saber cómo estais.

Créeme más que nunca tu afectísima,

MARGARITA.

Lemberg, 13 de Abril de 1891.

El mensaje de los nobles hijos del General Valde-Espina está concebido en estos levantados términos.

SEÑOR:

Pasados los primeros momentos del doloroso marasmo producido por el fallecimiento de nuestro señor padre (q. e. p. d.), y cumplidos los primeros deberes cristianos de la piedad filial, queremos dedicar á V. M. unas cortas líneas.

Excusamos referir á V. M. los detalles de la enfermedad y cristiana muerte de nuestro padre, y las escenas ocurridas en sus exéquias; de todo ello se habrá enterado por los periódicos, así como de las muestras innumerables de simpatía y ardoroso cariño que han sido tributados á la memoria de nuestro finado padre. Todo lo cual hemos agradecido intensamente, como también los afectuosos telegramas que V. M. y su Augusta Esposa se dignaron dirigirnos con tan triste motivo.

Pero estas mismas demostraciones, tan multiplicadas y sinceras, y á la vez el recuerdo vivo de nuestro buen padre, nos ponen delante el peso de las obligaciones que tenemos contraídas con la Causa carlista, que V. M. simboliza, y á la cual nuestro señor padre consagró toda la existencia.

No queremos faltar á esos deberes; no queremos en manera alguna ser ingratos á la memoria de nuestro padre, y por eso desde ahora mismo reiteramos á V. M. nuestros propósitos de mantenernos fieles al servicio de la Causa y á la persona de V. M., que la representa.

Nunca llegaremos á valer tanto como nuestro finado padre; mas procuraremos cumplir con lo que de nosotros exigen nuestra conciencia cristiana, la sangre de nuestras venas y el apellido de nuestro linaje.

Señor

A. L. R. P. de V. M.

José María de Orbe.—Cándido de Orbe.
Ermua, 27 de Abril de 1891.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA

TRISTE cosa es, en verdad, para el que, llegado el invierno de su vida, vé desaparecer uno á uno los más firmes campeones de la Legitimidad, y mal año el de 1891 para la Causa tradicionalista. Vamos á terminar el cuarto mes, y ya han emprendido el camino de la eternidad el bravo Brigadier Montoya, seguido después por el heróico Castells, el leal Cevallos y hoy por el intrépido Valde-Espina. Felices ellos, sin embargo, para quienes la posteridad no ha de tener más que alabanzas, y recuerdo imperecedero las huestes á quienes condujeron á la victoria.

Al caer las firmes columnas del Partido Carlista, siempre se nos viene á la memoria el pensamiento que el célebre Plácido desarrolló, diciendo:

.....

.....
el que primero, por su bien, espira,
es el más venturoso de los dos.

Aquel, en cambio de su estrella dura,
muriendo olvida lo que siempre amó;
aquel tendrá quien en la noche oscura
llore en su tumba, pero el otro no.

Y así será. Las lágrimas que se agolpan á nuestros ojos no serán bastantes, en medio de todo, para dejar de registrar, siquiera sea someramente, los preclaros hechos del ilustre Marqués que acaba de bajar al sepulcro, á fin de que las generaciones que nos sucedan tengan presentes modelos que seguir y virtudes que imitar.

Y la tarea no es fácil. Habría que escribir toda la última guerra civil para detallar los hechos en que hubo de tomar principalísima parte el que era objeto

entonces de nuestra admiración, como hoy lo es de nuestro respeto. Con la ayuda de Dios, daremos comienzo á nuestra tarea.

De abolengo le venía al prócer soldado Marqués de Valde-Espina su amor á la bandera de Dios, Patria y Rey. El autor de sus días éralo D. José de Orbe y Elío, General y Ministro de la Guerra del Señor Don Carlos de Borbón, egregio abuelo del Señor Duque de Madrid. Aun éramos jóvenes, y su nombre sonaba en nuestros oídos, al par de los de Zumalacárregui, Gómez, Eguía y de tantos y tantos defensores de la más santa de las Causas. ¿Cómo era posible que el hijo de aquel magnate no siguiera la senda de lealtad y virtudes de su renombrado padre (1)?

Don Juan Nepomuceno de Orbe nació en 1819, y aun cuando muy joven, tomó parte al lado de su padre en cuantas acciones de guerra asistió éste, en clase de Ayudante de campo, tanto, que al terminar la primera guerra civil se hallaba el Marqués en posesión del empleo de Comandante de Caballería.

El viejo Ministro de la Guerra siguió á su Rey á la emigración después del convenio, y dicho se está que su hijo hubo de acompañarle en el Extranjero, como le había acompañado en los combates.

La revolución de 1868 encontró al Marqués de Valde-Espina en clase de Brigadier, pues no aconteció movimiento carlista alguno en las provincias Vascongadas y fuera de ellas, donde no tomara activa parte, tanto en 1848, con el mal aventurado Alzáa, como en 1860 en San Carlos de la Rápita. Durante el año 1872 se encontró en la sorpresa de Oroquieta y en las acciones de Oñate y Mañaria, habiendo sido nombrado Comandante general de Vizcaya en reemplazo del General carlista Ulibarri, muerto en la última.

A la entrada en campaña de D. Antonio Dorregaray, fué nombrado jefe de Estado Mayor, hallándose por tanto en cuantas funciones de guerra se verificaron

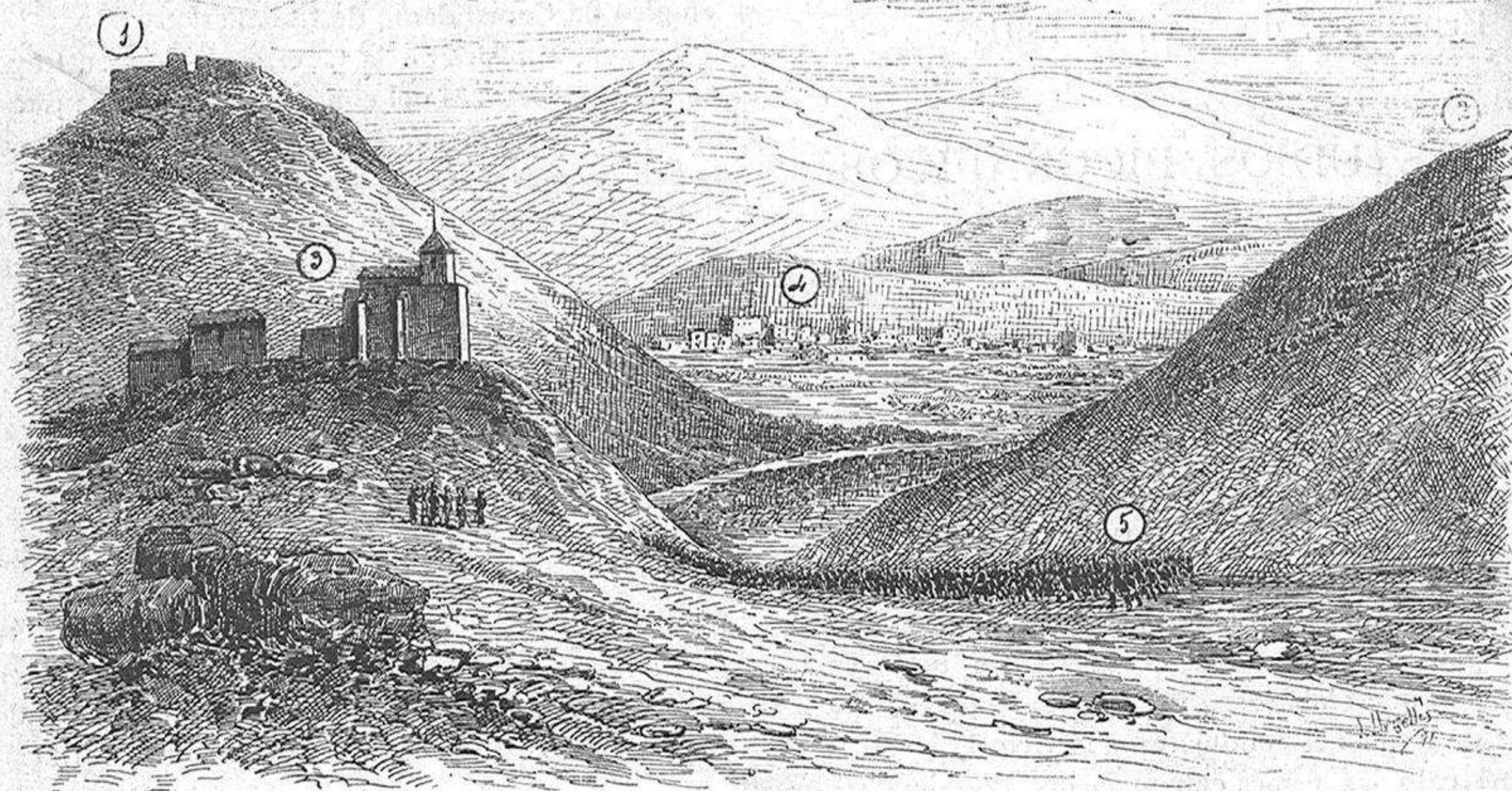
(1) No podemos resistir al deseo de dar una idea siquiera de los servicios del eminente Marqués D. José, padre del Marqués que acaba de fallecer, para demostrar que el hijo ha seguido las hermosas huellas de aquél. El nombre de éste figuró en el ejército de su país, desde la corta campaña sostenida contra Francia por la muerte del piadoso Luis XVI, y por cuyos méritos alcanzó el empleo de Capitán. Después tomó parte en la guerra de la Independencia, como Coronel de uno de los Batallones vizcaínos que entonces se crearon. A la muerte del Sr. D. Fernando VII, y siendo Diputado general del Señorío y Comandante de la cuarta Brigada, tuvo la honra de ser el primero que proclamó á su hermano Don Carlos como R. de España, en Bilbao, por cuyo hecho y los combates que hubo de sostener después á las órdenes de Zumalacárregui, fué nombrado segundo Comandante general de Vizcaya, y en 1838, Ministro de la Guerra, emigrando después á Francia, cuando se verificó el convenio de Vergara. En apoyo de su acrisolada lealtad y eminentes servicios, un escritor liberal, nada sospechoso por lo tanto, decía del Marqués: — «Pobre vive en país extranjero, después de haber ocupado los principales destinos hasta el escaño ministerial. Esto hace su apología. Nada más podemos decir del honrado vizcaíno: olvidemos al hombre de partido, veamos solo á un español.»

en las cuatro provincias hermanas en 1873, tomando principalísima parte en todas y distinguiéndose sobre manera en la de Eraúl, la cual merece párrafo aparte, así como en la batalla de Lácar, en 1874. Por la primera fué ascendido á Mariscal de campo, y por la segunda á Teniente general.

El día 5 de Mayo de 1873 fué un día de gloria para las armas carlistas. Todos unánimes y contestes hacen constar que el bravo Coronel D. Joaquín Navarro, jefe de la columna liberal, compuesta de los batallones de Barbastro y Sevilla, dos compañías de Ingenieros, una sección de Artillería de montaña y otra de

Caballería (en junto, de 1.200 á 1.400 hombres), se proponía dirigirse á Abárzuza, pasando por Eraúl y forzando las huestes carlistas, que sin duda creyó no le harían frente en el puerto de Echávarri, como otras veces había acontecido.

Los carlistas, mandados por Dorregaray y su jefe de Estado Mayor Valde-Espina, se habían propuesto á su vez disputarle el paso, amparados en las naturales defensas de las gargantas que los republicanos querían atravesar, pues ya se creían suficientemente organizados para empeñar un serio combate. Las fuerzas carlistas se componían de los Batallones 1.º, 2.º y 3.º de



Don Carlos pasando revista y examinando las defensas.

1. 2. Batallones de Navarra.—3. San Pedro Abanto.—4. Somorrostro.—5. Batallón de Alava.

Navarra, bajo el inmediato mando de Ollo; uno guipuzcoano, al de Lizárraga, y unos 50 caballos, al de Pérula; en junto, unos 1.800 hombres; es decir, que en número podían considerarse equilibrados con sus enemigos; pero, en cambio, sus posiciones eran formidables de verdad.

Los Batallones de Navarra forzaron, sin embargo, á viva fuerza el desfiladero principal; lo cual hace su elogio (que no le escaseamos ciertamente), á pesar del vivo fuego con que fueron recibidos por su izquierda y frente, donde respectivamente estaban los guipuzcoanos y el primero de Navarra, en términos de tener los carlistas que reforzar á éste con la mitad del segundo, dirigidos por Calderón. No siendo éstos bastantes á contener el desusado ímpetu de los contrarios, lanzóse contra ellos la otra mitad del segundo y algu-

nas compañías del tercero, precedidas por el fogoso *Radica*.

Los liberales fueron contenidos; tuvieron un momento de vacilación ante la ruda acometida de los navarros; pero enardecidos con el ejemplo de tesón y tenacidad de sus jefes Navarro y Acellana, volvieron á recuperar la cúspide con tanto brío disputada. Sevilla y los Ingenieros batíanse con extremada bizarría, pero era tal el arrojo y valentía de ambas fuerzas combatientes, que sin duda, á menos de ocurrir un incidente cualquiera, continuaría dudosa por algún tiempo la victoria. Comprendiólo así Valde-Espina con su natural viveza, y no hallando de reserva más que la Caballería, no lejos del lugar de la lucha, púsose á su frente, y se arrojó con sin igual denuedo, sable en mano, sobre los Batallones republicanos. Estos, que manio-

braban desde el principio en un terreno imposible para los peones, y mucho más para los caballos, y que por tanto no contaban con semejante refuerzo, intentaron defenderse á la desesperada, recibiendo á los jinetes con las puntas de sus bayonetas y rodilla en tierra. Pero la Infantería carlista, entonces alentada y no queriendo ser menos que los jinetes, embiste á la carrera á sus enemigos, contribuyendo á la derrota y dispersión de la columna del desgraciado coronel Navarro. El noble Marqués de Valde-Espina fué herido, aunque ligeramente, en el pecho; Lirio también, y las

pérdidas de los carlistas fueron de 18 muertos y 37 heridos. Las de los liberales, 8 de los primeros y 47 de los segundos; pero los prisioneros se elevaron á cuatro jefes y 69 soldados, un cañón y considerable número de cartuchos, cureñas y otros efectos de guerra. Por tan heroico hecho de armas ya dijimos que fué elevado á Mariscal de campo el Marqués de Valde-Espina.

Continuaron las operaciones de 1873, y éste, por razón de su cargo, no dejó de contribuir y tomar parte en las acciones ya más reñidas y de mayor importancia,



Grupo de asistentes de Don Carlos de Borbón en la guerra de Oriente.

como las de Las Campanas, Allo, Dicastillo, Viana y Moitejorra.

En 14 de Febrero de 1874 fué nombrado Comandante general de Vizcaya y en jefe de las fuerzas sitiadoras de Bilbao. Su prodigiosa actividad imprimió acertada dirección á los trabajos del sitio, pues no hubo trinchera, zanja ni batería, ni disposición alguna, á que no contribuyera, alentando á los sufridos vizcaínos y participando de sus fatigas y rudas faenas, y de cuantas acometidas se dieron por los Batallones á sus órdenes, durante su mando en el Señorío.

Diariamente se hallaba en las trincheras; á todas horas se veía al noble Marqués, ocupándose con paternal minuciosidad en aliviar á los valientes voluntarios de su División, y al menor asomo de peligro, allí se

hallaba el Marqués, incansable siempre y prodigándose por todas partes. A su lado cayó, para no levantarse más, su oficial de órdenes D. Vicente Albalat, y si lo proyectiles enemigos le respetaban, era porque aún no había sonado su última hora, no porque dejara de profesar un desprecio absoluto de la vida.

No hubo después operación de alguna importancia en que Valde-Espina no tomara parte; así es que cuando el sitio de Irún. solicitó y obtuvo el mando de una de las columnas que habían de contener á las de socorro mandadas por los Generales La Serna y Loma, hallándose, por lo tanto, en las acciones de Oyarzun y San Marcial.

Nombrado luego Director de Caballería y primer Ayudante del Señor Duque de Madrid en 1874, no

le impidió este cargo contribuir al brillante éxito que tuvo para los carlistas la batalla de Lácar. En otro lugar nos hemos ocupado estos sucesos con la debida extensión, y no hemos de repetirlos ahora (véase EL ESTANDARTE REAL, núm. 15); así es que únicamente recordaremos que el ilustre Valde-Espina embistió sable en mano al frente de los jinetes carlistas el pueblo de Lácar, entrando por sus calles, mezclado con los bizarros Batallones de los Brigadieres Caveró, Pérula, Balluerca é Iturralde, del mismo modo que en Eraúl con Ollo, Lizárraga y Radica.

Cuando la campaña estaba á punto de terminar, é invadidas por el enemigo las Vascongadas, recibió el honrosísimo encargo de retroceder casi desde la frontera, á fin de hacer renacer de nuevo la guerra en Vizcaya, valido de la natural influencia de su rango y su lealtad, garantía firme de la confianza que había inspirado siempre á sus paisanos. Sus tentativas no tuvieron éxito; pero el Marqués de Valde-Espina, no sólo no se negó nunca á sacrificios de ningún género, sino que puso de su parte cuanto pudo en la balanza del deber y del sacrificio. ¿Qué mucho, si al comenzar la guerra civil había contribuído á ella con su sangre, la de sus dos hijos, su fortuna y el porvenir de su casa?

Sobrevino la paz, y aun en este período de relativa calma, el noble Marqués no dejó de hacer propaganda carlista siempre, y su Rey le nombró representante suyo en las Vascongadas y Navarra al dejar Europa. Ultimamente, y en premio de su nunca desmentida lealtad y eminentes servicios, fué elevado á la categoría de Capitán general de los Reales ejércitos.

Hoy, muerto ya el Marqués, tócales á sus hijos, pues que nobleza obliga, continuar las tradiciones de leales y valientes de que proceden. Estamos seguros de que así será, porque hemos sido testigos de lo que ya han hecho por la Causa carlista, el mayor como ayudante de órdenes del egregio Duque de Madrid y el segundo como Oficial de Caballería.

Por lo que respecta á su ilustre padre, hay que pensar piadosamente que Dios le haya acogido en su seno, y feliz él que al morir no deja odios ni lágrimas detrás, sino el cariño de sus antiguos compañeros de armas y aun el respeto de sus enemigos.

¡Descanse en paz!

ANTONIO BREA.

Madrid, Abril de 1891.

DISCURSO

LEÍDO POR EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO EN LA VELADA CELEBRADA EN LA «SOCIEDAD TRADICIONALISTA» DE BILBAO, EN LA NOCHE DEL 12 DE MAYO DE 1891.

SEÑORES:



ALGO más de dos años hace hoy, día que fué para mí de felicidad, aquel en que, honrado con vuestra invitación, vine al Círculo Tradicionalista de Bilbao á saludaros, á saludar en vos-

otros á aquellos hombres extraordinarios que, cumpliendo los deberes de esta tierra infanzona, han jurado perecer y todo perderlo antes de que perezcan y se pierdan, por falta de enérgicos, generosos y denodados mantenedores, los fundamentos esenciales de este noble solar, los sacrosantos fueros que forman la familia social, política, la legitimidad regia que constituye la familia monárquica, y la inspiradora de toda buena ley, de toda buena costumbre, de todo Estado digno, legítimo, grande, justo y armónico; la purísima fe y salvadora doctrina que, como eterno sol de luces incomparables, como eterna primavera de flores divinas é imperecederas y como imborrable arco iris de rutilantes colores é inmarcesible esperanza, brilla con la corona de espinas sobre la divina frente, cárdena por la redentora sangre que, como río de vida, corrió por todo el mundo desde la santificada cumbre del Gólgota.

Vine, pues, á saludaros; á vosotros los carlistas vizcaínos, á vosotros los ciudadanos y los políticos que vivís con los ojos en la cruz y el corazón en el Evangelio, á vosotros mártires de la fe y únicos soldados de Cristo; porque rasgada la salvadora Unidad Católica por la impía mano de la revolución, el incomparable ejército español ya no es la mesnada católica que peleando por la cruz ensangrentó victoriosamente los laureados mares de Lepanto y venció á la herejía en las abruptas Alpujarras y en los pantanosos vados de Muhlberg.

La parricida mano de un hijo infiel, de un rey usurpador, con el concurso torpe, sacrílego, egoísta y venal de todas las naciones, desarmaron al ejército de carácter universal que defendía en Roma el poder temporal del Pontificado, llegando aquél en su rapiña y persecución á recoger de junto al Foro romano las ya santificadas cadenas Mamertinas para aferrarlas de nuevo como á esclavo en las ungidas manos del Papa.

Unos tras otros, han perdido todos los ejércitos del universo la cruz que ostentaban sus banderas, y prefieren el simulacro del águila romana y del caballo cartaginés al lábaro de Constantino y de Teodosio; pero nosotros, por el contrario, el Corazón de Jesús está bordado sobre nuestros pechos y la imagen sacratísima de la Virgen abrillanta y guía nuestras banderas, porque no cabe dudar, ni fuese osado ninguno á desmentir el que nosotros, los carlistas, somos ya la gloriosa excepción, el único ejército católico en el mundo, los únicos capaces de renovar las admirables proezas y amores al papado de la santísima Liga del Emperador; y únicos decididos á luchar por su poder temporal y su independencia, con el mismo fervor y entusiasmo de las católicas guerras de Carlos V y de Felipe II, aquél el Rey de los Emperadores, y éste el Emperador de los Reyes.

Vine, pues, á saludar en vosotros á un trozo gloriosísimo de mi amada patria española, á un ejército con su bandera tradicional que la simboliza, con su legítimo y glorioso Rey que le gobierna y con un heróico general que le personifica. Todo entonces fueron voces de alegría, aclamaciones de entusiasmo, resonar

de fiestas y trajes de gala; y hoy vuelvo á vuestro lado para rezar en vuestra compañía, cuando las marragas de luto cubren los corazones y los trajes y á este noble solar, y por él á toda la patria; porque hoy es un día de angustia y duelo que abarcan la España tradicional desde Andalucía á Cataluña, desde Valencia á Castilla, desde la región Balear á la Cantábrica, y hoy los corazones carlistas parece que electrizados por la veneración caminan por hilos mágicos de amor y de entusiasmo á esos centros de intercesión de todas las virtudes cívicas y militares que en brevísimo y para nosotros triste plazo de tiempo, amorosamente se han entregado á Dios en el palacio de Ermua, en el de Cáceres, en Niza, en Viana y Madrid, por medio de los nobilísimos y últimos suspiros del glorioso Marqués de Valde-Espina, del bravo é insigne general Cevallos, del invencible Castells, del heroico Montoya y del leal y entusiasta Marqués de Monroy.

Nombres sublimes y amadísimos que representan glorias que no acaban en los contados días de una vida ni en los mezquinos límites de la tierra; porque son glorias de hazañas que conquistan la feliz eternidad de un tiempo sin mensura y el divino imperio que se alza sobre el sol, y que por escalas de nubes y de estrellas ascienden al paraíso de bienandanza que es la eterna patria de los justos.

Nuestros enemigos, equivocados, como siempre, en cuanto á nosotros hace referencia, juzgan de la desgracia que acabamos de sufrir con la pérdida de estos amados é ilustres jefes, como vacíos que, produciéndose en nuestra línea de batalla, disminuyen las fuerzas que ellos desconocen y que siempre conservamos; porque esas grandiosas figuras de nuestra historia son privilegiadas semillas lanzadas á nuestro campo, en el que fructifican al calor y trabajo de las virtudes que nos predicaron, del heroísmo que nos imprimieron y del ejemplo que nos legan como lección, estímulo y recompensa: si ellos continuadores fueron de los Zumalacárregui, los Jáuregui y los Andéchaga, en pos de ellos vienen hombres que probaron su temple en los gloriosos campos de batalla y una inmensa juventud que, alentada por la grandeza de nuestra doctrina y lo épico y justo de nuestra empresa, traen para ayudarnos brazos de hierro, corazones de oro y voluntades de acero; y como lazo que eslabona esta generación que avanza á en la que fueron los jefes que hoy lloramos y á la en que aún son para nuestra gloria los Tristans y los Lergas, hay un héroe legendario, un general cubierto de laureles, el oficial de San Carlos de la Rápita, que en su barquilla, arrojada á la procelosidad de los mares, parece que traía el abrazo que reúne y hermana las maravillas de la primera guerra con los heroísmos y sublimidades de la segunda: y ese es, y así es el heroico general Cervera.

Dispensadme el desaliño de este discurso, pues que os conste no conocía hasta anoche el tema que me asignaron para esta velada.

Cantar debo y cantar ansío las glorias del castellano de Ermua, del ciudadano y guerrero Marqués de Valde-Espina, hijo de aquel otro rayo de la guerra

que mereció la incomparable gloria de tener por cronista y defensor el gran Zumalacárregui, aquel hijo y emblema de un país regido por un fuero que se basaba en la familia y en la conciencia católicas, y soldado de un ejército que rezaba para combatir y peleaba para rezar.

No voy á detenerme en la prolija y gloriosa narración de los altos hechos de tan ilustre general, ya porque los ha cantado con voz olímpica el Sr. Liñán, ya porque los habeis aprendido en su compañía con un fusil en la mano, ya porque los conservais esculpidos como recuerdo de admiración y cariño en vuestros corazones.

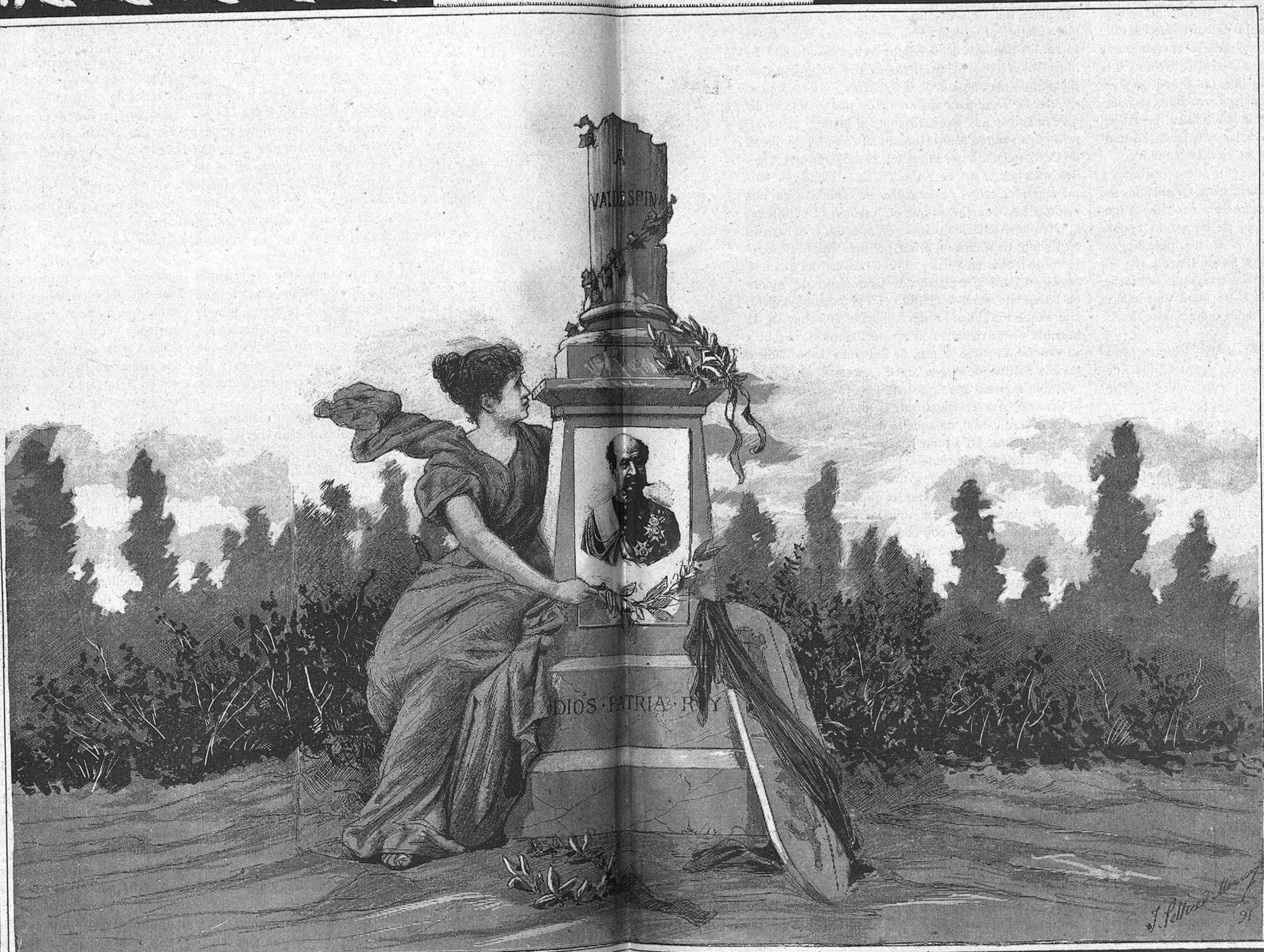
Todos aquí le conocíais, y feliz de él, que puede decirse, porque le conocíais le amabais, y no sólo vosotros le conocéis, sino que también le conocieron los caminos y las sendas, que cruzando esta noble región para salvarla le vieron pasar corriendo siempre á los peligros; y los ríos que reflejaron sus armas, y las peñas que defendió con su bravura; esas colosales montañas que parecen erguidas por la mano de Dios para sostener vuestra constante independencia y cerrar el paso á toda usurpación; que así vencisteis y cayeron los astures en Baquio, los moros en Tabira, los ingleses en Arbiluaga, como antes opusisteis la infranqueable barrera de vuestros pechos al mismo Augusto y al dominador Agrippa, sin que los vencedores de Vellica y Medullio lograran poner la planta triunfadora sobre el libre territorio de Vizcaya: católico, noble y heroico solar, ante el que me inclino con veneración, para el que no hay en mi boca sino frases de alabanza y entusiasmo, ni en mi pensamiento otras ideas que su fe y su grandeza y en mi corazón los dulces y patrióticos amores que le dedico y profeso.

Tierra sublime que tiene por alcázar el frondoso y libre pabellón del roble de Guernica, verde como la esperanza, firme como vuestra lealtad, sereno como vuestras conciencias, y él, que alzando la copa hacia el cielo parece una plegaria y una promesa, una plegaria por los héroes que perecieron en defensa del solar católico, y una promesa, la de seguir resonando entre sus robustas ramas las cinco legendarias cornetas que convoquen cuantas veces sea preciso las mesnadas de soldados que han de luchar sin tregua ni medida por la causa de Dios, por la unidad de la patria, por la legitimidad del Rey y por la completa restauración de sus libertades y sus fueros.

Pero aun el venerando roble de Guernica es algo más, porque es la genuína representación de la patria tradicional.

Por luengo espacio y todo en su rededor extiende las múltiples y variadas raíces que viven de la tierra reconcentrando su jugo, y sus condiciones peculiares, y todas aquellas reunidas constituyen el núcleo de unidad sobre el cual brota del suelo recto, fuerte y poderoso el tronco que las representa; así los diferentes pueblos, asemejando las raíces, cada una viene de punto diferente y vive de su tierra, y de ella toma sus condiciones de acción peculiar que son su historia, su organización y sus fueros: todos convergen á un punto

★ EN ÉRMVA · 1819



✠ EN · 21 · ABRIL · 1891



J. Pellicer 91

único, que es el núcleo central, constituyendo la patria, y de ella surge el tronco, centro y sostén, que personifica al Rey; y de éste, como que brotan las varias y extendidas ramas, que dando protección, sombra y paz al suelo, son las leyes justas y bienhechoras que, como las ramas, viven al soplo del aire que baja del cielo y se alumbran con el sol que se enciende á la diestra del Omnipotente; como al acento divino y á la luz del Evangelio se han de inspirar todas las leyes para que á través de una monarquía católica se constituya la patria tradicional y llegue á todas las raíces, á todos los pueblos, formando las cristianas costumbres, las cristianas familias y los cristianos fueros.

Así de ese tronco sublime, patriótico, cristiano y protector se originaron los fueros: para Castilla, los del conde D. Sancho; para León, el de 1.020, de Alfonso V; para Burgos, el de 1.039, de Fernando I; para Nájera, el magnífico de Sancho *el Mayor*; para Logroño, el de 1.095; para Cataluña, los de Borrell II y los Berengueres; para Aragón y Navarra, el de Sobrarbe; para Vizcaya, el de López de Haro; para Valencia, el de D. Jaime; y todas las libertades municipales de Alfonso VI para Castilla.

¡Sombra protectora y magnífica del árbol de la patria tradicional que ansiamos con empeño, defendemos con entusiasmo y saludamos con amor y veneración!

¡Sagrado roble de Guernica, que tiendes las ramas á la altura como queriendo abrazar al Cielo; que resueñas tus hojas como una oración y las tiñes como una esperanza; hojas que agita el huracán del océano como el saludo á la patria que dirigieron, Colón desde la Española, Cortés desde Méjico, Pizarro desde el Perú, Ponce desde la Florida, Almagro desde Chile, Legazpi desde Filipinas y Balboa desde el Pacífico; hojas que al rielar del sol las tintas en varios colores, ya blancas, como las antiguas banderas de Granada y de León; ya rojas, como las de Castilla y Navarra; ya amarillas, como las de Aragón y Cataluña; ya verdes, como el estandarte español de los Abassidas, ramas insignes de cuya prodigiosa madera perecieron fabricadas las proas con que Bonifaz salvó á Sevilla, el timón de la *Concepción* con que Elcano dió el primero la vuelta al mundo, los mástiles con que López de Legazpi arribó á Filipinas, los bajeles con que Oquendo derrotó en la Mancha la enemiga y terrible escuadra holandesa, el lanzón de Juan de Urbietta, el apresador de Francisco I, y la cruz ante cuyos divinos brazos abrió los ojos el admirabilísimo San Ignacio de Loyola!

¡Árbol sublime de la libertad cristiana, fui á arrodillarme bajo tu histórico pabellón rezando por las grandes restauraciones de España; y el ánimo me revivía, y el consuelo me vivificaba, y parecíame que el horizonte se teñía de rosas como un porvenir que se nos brinda, que hay que pretender y que hemos de alcanzar; hoy, como entonces, al verme entre vosotros pareceme que vuestros discursos, vuestros entusiasmos y vuestras aclamaciones son el verbo de nuestro amado roble de Guernica. Aritza, sublime Aritza, con razón

representabas en la antigüedad, y para nosotros siempre, el símbolo de la vida, el de la perpetuidad, la gloria y la independencial

Tú eres para nosotros el árbol maravilloso, y más magnífico que toda esa aristocracia de la naturaleza que asombra al mundo como las palmeras rojas de la India, los baobads del Senegal, las sequoia de la California, los cedros del Atlas, los eucalyptus de Van-Diemen, el de mammoth de la Oceanía y los petrificados del Derwen: para nosotros eres una epopeya, un monumento y una gloria más que el plátano de Smyrna á cuya sombra cantó Homero su *Iliada*, más que el de Cors, saludado por Hipócrates y copiado por Apelles; más que el tilo de Fribourg, de la batalla de Morat y que el laurel de la Zubia de Granada; tú nos inspiras más veneración que el dragonero en Orotona, el olivo en Atenas, el plátano en la Lidia y el banano en Ceilán; tú sí eres un árbol político como el sicomoro de Trons en Suiza y el de Gracovia del Luxemburgo en París y el plátano de Godofredo de Bullón en Bujugderé, serás defendido con el mismo empeño con el que los aldeanos de Allousille libraron de la horrible y atea devastación revolucionaria de Francia su venerando roble ya más de mil años hace dedicado á la Santísima Virgen María.

Roble sagrado que representas las libertades de este Señorío bajo el amparo de la monarquía, de monarquía tradicional, de aquella dulce monarquía que trajo á Enrique III á jurar vuestros fueros en Larrabezúa, declarando que cualquier orden regia si resultaba contra fuero «de lo quitar y tirar dende é lo dar por ninguno». Así son los monarcas que defendemos y así las leyes que amamos; con aquéllos y con éstas no se llevarían atados codo con codo como á criminales, injusta y arbitrariamente perseguidos, á los honrados ciudadanos de aquella misma Larrabezúa por cumplir con su deber y su conciencia foral, votando por vuestro legítimo diputado, al noble y lealísimo Sr. Ampuero.

Pero las tropeltas pasan y los tiranos caen y la verdad logra al fin y siempre el anhelado triunfo, y para alcanzarle nos organizamos, nos reunimos y hemos de llevar á la cátedra y á la tribuna la exposición y defensa de nuestra hermosa doctrina, toda de autoridad y justicia, toda de caridad y amor, libre de pasiones y de odios, digo mal, libre de odios no, porque odiamos al liberalismo, por enemigo de la Iglesia, por desorganizador de la patria y porque en su burla y persecución de todos los principios esenciales de la sociedad ha convertido la monarquía en una caricatura y á los reyes les ha arrancado el hermoso carácter de padres de los pueblos para convertirles en el mejor y espléndidamente retribuido funcionario de Estado en bancarrota.

Por el contrario, nuestro augusto Jefe no llama á sus vasallos súbditos, sino hijos, y llena su hermoso corazón de todas las penas y de todos los placeres de su pueblo; así hoy está aquí con nosotros por medio de la fervorosa oración que á todos nos une ante la tumba del incomparable Marqués de Valde-Espina, y que-

riendo demostrarlo y con un público homenaje abrazar el rey á todos sus amadísimos compañeros de armas, me telegrafió colocase una corona de roble en su Augusto nombre sobre el túmulo del heróico general vizcaíno: y para cumplir el regio mandato, y no hallando ramas ni hojas más en armonía con el mérito del héroe, la grandeza del donador y la historia del país, á ti he acudido, roble venerado de Guernica, con esta canción y este ruego para que, inclinando tus históricas ramas hacia la tierra, formes con ellas la augusta é infanzona diadema que corone y proteja la supultura cristiana y caballeresca del general heróico, del vizcaíno insigne, del español entusiasta, del nuestro amado é inolvidable Marqués de Valde-Espina, porque tú cual nosotros le reconoces y proclamas como el simulacro del honor y de la legendaria grandeza, el conjunto de todos los impulsos sublimes: ayer, único Capitán general del Ejército carlista, parecíanos que personificaba todas sus virtudes, todas sus glorias, todos sus sacrificios y todas sus épicas maravillas: era como un gigante que se alzaba sobre el magnífico pedestal que formaron los laureles de Montejurra y Somorrostro, de Eraúl y de Lácar. Monumento sublime creado por el Ejército carlista con el valeroso esfuerzo, enérgica voluntad, derecho divino y paternal gobierno de aquella figura colosal que se levanta en el sagrado de nuestros corazones y que la historia con letras de oro nombrará Carlos VII.

Este es el Rey que defendemos, este el que amamos y este al que seguimos, porque al jurar el mantenimiento de nuestra organización tradicional nos asegura ser un monarca á la usanza de Fernando III y Sancho el Fuerte, del gran Jaime y de Berenguer el IV.

No quiero concluir sin dedicar algunas frases de gratitud y admiración al acto fervoroso y sublime que me cupo por honra y suerte presenciar esta mañana en Durango: la sublimidad del templo, la magnificencia del ornato y de la ceremonia, la multitud inmensa que con los ojos velados por el dolor se fijaba en el gigantesco y suntuoso catafalco como dirigiendo la última despedida al jefe y al hermano, mientras el corazón, saliendo por los labios, se guiaba á los pies de la cruz, y como de ella recogiendo la sentida plegaria, la repercutían las sublimidades del coro y del órgano que, como ondas de un huracán divino, buscaban la cúspide del Gorbea para escalar el Cielo.

Imponente y grandiosa manifestación ha realizado la noble Vizcaya; y ¿á quién puede extrañar la colosal concurrencia, si por todo el país y por toda España han propalado los cien mil soldados carlistas las incomparables cualidades del gran general; ellos que le vieron cargar en Lácar y vencer en Eraúl, han impreso en el corazón de sus familias el recuerdo de aquellas hazañas y el tipo ideal de un soldado y un caballero cristiano, y han venido á Durango á reconstituir los batallones, á recordar las glorias y á jurar por nueva vez las sacrosantas banderas al pie del altar.

Felicito á todos por los actos magníficos que habeis realizado, y siento el haber molestado por tan largo tiempo vuestra atención cuando estáis ansiosos de oír

la elocuente y autorizada voz del ilustre Sr. Zubiaga, dignísimo representante del Rey en este Señorío, y la arrebatadora y profunda oración del genio de la palabra Sr. Mella.

Y dándoos las más expresivas gracias á todos por las bondades con que me distinguís, y de manera especialísima al castizo escritor, sabio eminente y tan hábil polemista director de *El Basco* Sr. Conde de Doña Marina, por los elogios que me ha dirigido, venciendo á la justicia el impulso de su amistad, no me queda sino gritar con mi corazón vizcaíno:

¡Viva Vizcaya! Españoles, ¡viva el Rey!

TRES CANTOS

AL HEROICO MARQUÉS DE VALDE-ESPINA EN LA EMIGRACIÓN



SONETO

N ilustre solar tuvo su cuna;
dióle timbre mejor con sus hazañas
y hoy proscrito se ve de las Es-
pañas,

por las que prodigó sangre y fortuna.

A la heredada gloria noble aduna
la que supo adquirir en sus campañas,
que al brillar el *Láuburu* en las montañas
condujo á la victoria al *euskalduna*.

El mundo le admiró por esforzado.
Si el éxito frustró su noble anhelo,
triple laurel su frente ha coronado:

Mártir de su deber, prócer modelo,
el Rey le llama su mejor soldado
y toda España honor del patrio suelo.

Burdeos, 1876.

PLEGARIA AL ALTÍSIMO

POR LA VIDA DEL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA



SEÑOR, oye el clamor de los buenos,
que hoy se eleva ferviente á tu trono:
que no cebe la muerte su encono
en el bravo caudillo leal!

¡Él lidió por tu nombre y tu gloria,
cual cristiano español caballero,

escribiendo en la Historia su acero
nobles timbres de gloria eternal!

¡Los que ayer su valor admiramos,
hoy con fe su salud te pedimos;
los que vidas ayer te ofrecimos,
por su vida hoy venimos á orar!

¡No desoigas el férvido ruego;
por su jefe te pide el soldado
que luchó y luchará cual cruzado,
y hoy se acerca lloroso á tu altar!

Madrid, Mayo de 1890.

HIMNO DE GLORIA

AL GENERAL MARQUÉS DE VALDE-ESPIÑA

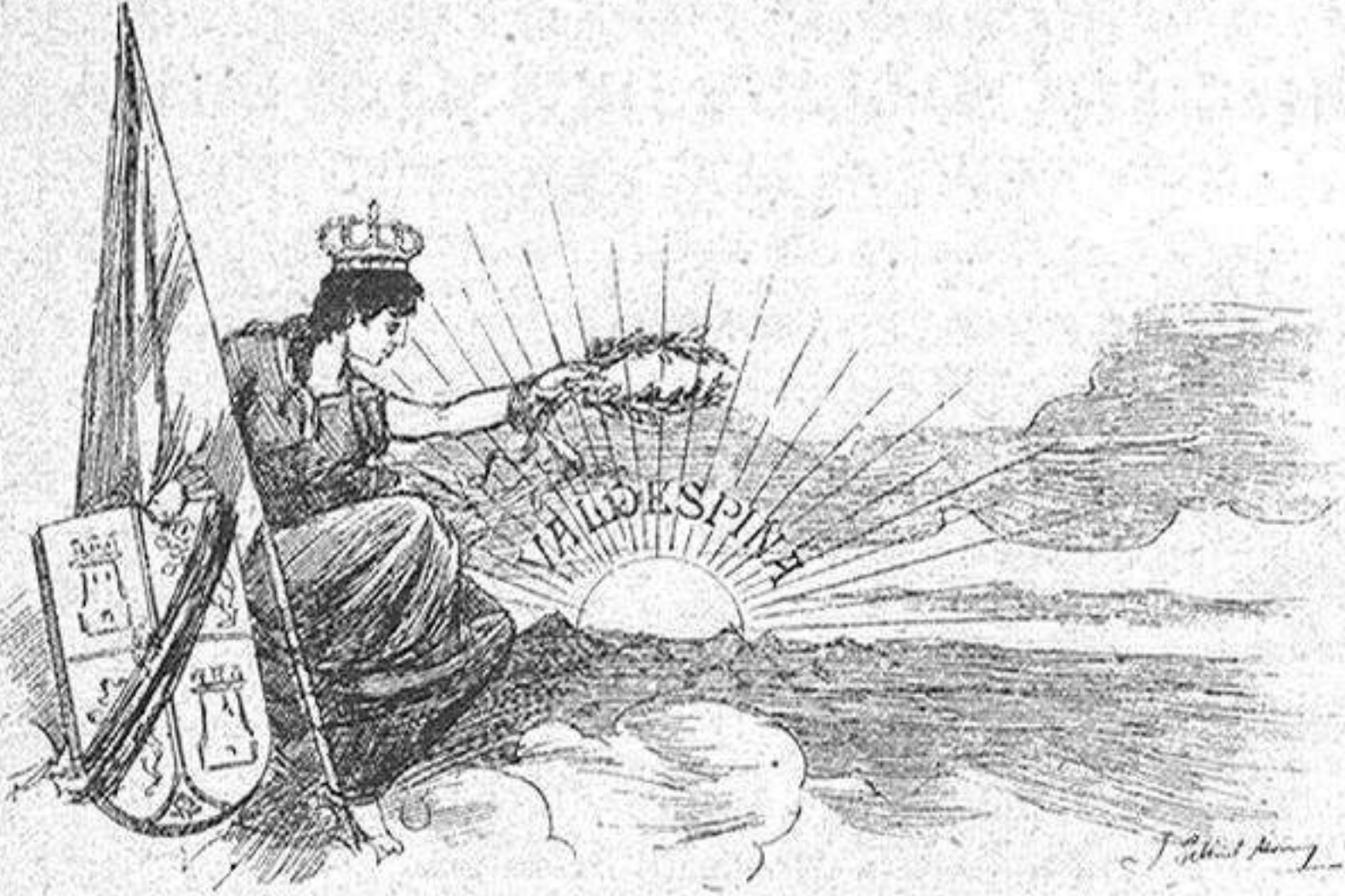
Música del *Guernicaco Arbola*.
(Iparraguirre.)

I

¡Marqués de Valde-Espina,
tu gloria es inmortal,
y España tu recuerdo
por siempre guardará!

II

¡Los años y los siglos
los broncez morderán;
las piedras serán polvo,
tu gloria aún vivirá!



III

La fama de tu nombre,
por tradición oral,
grabada en nobles pechos
al tiempo vencerá;

IV

Y en donde á las virtudes
un culto sepan dar,
serás timbre y dechado
de honor y lealtad.

V

En Lácar y en Ibero,
Estella y Monreal,
en Allo y Montejurra
te vi bravo avanzar.

VI

En Muro y Somorrostro
vi á tu acero segar
laureles de la guerra
luchando por la paz.

VII

Tu espada en Dicastillo
Navarra vió triunfar;
¡de Eraül ella fué el rayo
que aterra al liberal!

.....
.....
.....
.....

VIII

Los ecos de los valles
repiten sin cesar:
«¡No ha muerto Valde-Espina,
su gloria es inmortal!»

IX

Si la rosada aurora
ve el vasco alborear,
oir piensa la diana,
ver piensa al general.



X

El sol al mediodía
sus cumbres dorará,
y él piensa en que su rayo
tu espada hizo brillar.

XI

La luz tras las montañas
desaparece ya,
y entre las pardas nubes
mira al Marqués pasar.

XII

Si la callada luna
cruzando el cielo va,
es signo el astro muerto
del muerto general.

XIII

Vizcaya tu memoria
por siempre guardará:
¡tu espíritu es su espíritu,
espíritu inmortal!

XIV

El premio á tus virtudes
sin duda gozas ya:
¡pidiendo por España
aún lucha el general!



EL CONDE DE GUERNICA.

Barcelona, Mayo de 1891.

DOS EPISODIOS

EL carácter de triste oportunidad que con motivo de la reciente muerte del general carlista D. Juan Castells tiene el recuerdo de los dos episodios en los cuales él fué la principal figura, y que han puesto la pluma en nuestras manos, nos mueve á relatarlos brevemente á nuestros lectores, y será lo suficiente á evidenciar las inmejorables prendas que adornaban á tan pundonoroso como consecuente caballero. Desde el seno de Dios, en donde estará reposando el sueño de los justos, continuará rogando con más eficacia, si cabe, por que cuanto antes desaparezcan de esta desdichada tierra toda clase de sectas que obstan á la reivindicación del bien, ya que tan en absoluto carecemos de él. Hecha, pues, esta manifestación, en descargo y tributo del gran aprecio que por Aragón se ha guardado á tan entusiasta como estratégico y temerariamente bravo General, y al solo objeto de restablecer hechos conforme á la verdad, consignaremos:

Entre los batallones carlistas expedicionarios del Centro de Cataluña, durante la última guerra civil, se encontraba el núm. 5. de línea de Aragón, el cual tenía tres comandantes: uno para comandarlo á la entrada y salida de los pueblos; otro para mandarlo y dirigirlo en las acciones de guerra, y el que resta solía colocarse donde el anterior le ordenaba.

A las tres jornadas del ingreso en esa noble región, y de paso por Oliana, fué llamado por Dorregaray y Boet el aludido jefe, á cuyo cargo iban las acciones de guerra en la parte que afectaban al 5.º batallón, y le dijeron que, habiendo solicitado Castells un batallón de confianza, marchase desde luego á sus órdenes, como así lo realizó. Que, sin perjuicio de otros hechos de armas de igual ó mayor importancia que no se citan en la necrología, los dos de Agramunt y La Seo, á que en la misma se hace referencia, tuvieron lugar en 16 y 31 de Agosto de 1875, en la forma siguiente:

«Fué Castells á la defensa de los sitiados el día 14 de Agosto de 1875, y tras un breve descanso durante la noche, se puso en marcha, continuándola todo el día 15 hasta la madrugada del 16, y al llegar á la falda del monte Nabinés el 5.º de Aragón, que marchaba á la desfilada, colocóse en orden de batalla; los centinelas apostados en la cúspide de dicho monte, un tanto al abrigo de los parapetos, dieron las voces de «alto, ¿quién vive?» por tres veces seguidas, y las de «cabo de guardia, tropa armada», y mientras los sitiadores de La Seo se levantaban en su campamento preparándose tras de las fortificaciones por ellos construídas, dos compañías del 5.º de Aragón quedaban de reserva al pie del monte y todas las demás subían en batalla hacia el campo enemigo, acaudilladas por el jefe del batallón, quien, habiendo tenido en cuenta, sin duda alguna, que después del cansancio que necesariamente habían de sentir los voluntarios, que iban, además, mal comidos, por sufridos que fuesen, necesitarían de algún estímulo, desmontó y cogió el fusil del sargento de gastadores, y recorriendo toda la línea exhortó su-

cesivamente en voz baja el cumplimiento de los respectivos deberes, y marchando en tal disposición, cuando aún se hallaban á unos 150 metros de las posiciones del enemigo, oyóse la voz de «¿quién vive?», y como se contestase «voluntarios de Carlos VII», una descarga cerrada por ambas partes fué la señal de venir á las manos. El jefe dió las tres voces reglamentarias en el batallón de «viva la Religión», «viva la Virgen del Pilar» y «viva el Rey», y acto seguido su corneta de órdenes tocó paso de ataque y á la carrera, entablándose una lucha con arma blanca, que dió por resultado apoderarse el 5.º batallón de los parapetos y campamento donde la fuerza sitiadora pernoctaba, ocupándosele, entre otros pertrechos de guerra, varios cajones de cartuchos que fueron distribuídos á razón de 200 por plaza, sobrando un cajón entero que se retiró.

El ejército del Centro había pasado el Ebro con 6 paquetes de cartuchos por plaza, y efectivamente, sin esa contingencia no podía atacar el batallón. Por esto tuvo que municionarse á costa de su esfuerzo.

El tercero de Lérida, que iba en la expedición, fué colocado en unas masías situadas en la estribación de la izquierda de la posición tomada, y habiéndose retirado algunos soldados y oficiales en la dirección que aquél se hallaba, sin necesidad de tirar un tiro hizo 49 prisioneros. Conquistada esta posición y toda la extensión de terreno que desde ella se dominaba, en la que había una pieza de batir de las pasadas por Francia, que pudo clavarse, continuó el ataque presentando una línea falsa por su extensión que suponía una crecida reserva que no existía, teniéndose al enemigo en jaque hasta las diez y media de la mañana, merced á esas circunstancias, á las municiones cogidas y á haber alterado el jefe la significación de los toques de guerrilla, principalmente los de desplegar y replegar. Retirado el General con su compañía de guías y la impedimenta de heridos, un oficial de órdenes comunicó al jefe del 5.º de Aragón, en voz alta, que se retirase, y como no supiera decirle por dónde, ni orientarle del camino tomado por el General, tuvo que estudiar la retirada á vista de pájaro, por ser la primera vez que se hallaba en aquel terreno y por ser cada vez más crítica su situación por los movimientos envolventes con que las tropas sitiadoras le acosaban. Retiróse, pues el 5.º por escalones, siendo perseguido dos horas y media hasta la cumbre inmediata á la Bauza, en cuyo pueblo entró á las dos próximamente de la tarde.

Cuarenta y ocho muertos y heridos costó al expresado batallón el tomar y conservar por más de seis horas tal posición, luchando uno contra cinco, teniendo luego que retirarse al ver que por otros lados no se tomaba la ofensiva.

El jefe hizo saber á su batallón en la orden del cuerpo lo satisfecho que estaba del comportamiento de sus voluntarios, y que á su juicio el batallón se había hecho acreedor á la cruz laureada de San Fernando y solicitaría se abriese el oportuno juicio contradictorio. En la noche de ese mismo día 16 se incorporó el 5.º batallón al General, en Tuxen. También el que suscribe

tuvo la gloria de recibir dos balazos en la acción descrita, y otro el que nos llevó á la lucha, contándose entre los heridos de gravedad el comandante Ruiz por un balazo que le atravesó el pecho, y otro el brazo derecho en el momento de ser cogido del suelo en las avanzadas por el jefe y su corneta de órdenes.

El 31 del mismo mes y año, ó sea tres días después de la toma de la ciudadela de La Seo y cuatro de la del castillo, hubo el ataque sobre Agramunt que antes indiqué, y preciso las fechas para que se observe que, no obstante el decaimiento moral consiguiente á ese y otros sucesos análogos, se acometió con el denuedo y virilidad propios de tropas de refresco, é iguales en número y condiciones de lucha. Diré de paso que el 29 de los citados mes y año esperaban en posiciones en el puente de la «Maladona» (Oliana), sobre el Segre, el 3.º de Barcelona, el 3.º de Lérida y el 5.º de Aragón para cuando bajase de La Seo Jovellar, el cual, á pesar de sus 8.000 hombres, con los que venía vencedor, ó porque así entraba en sus cálculos, en lugar de continuar su camino por la cuenca abajo de dicho río, al llegar á Coll de Nargó torció á la derecha hacia la Conca de Tremp, y sabida tal contramarcha retiráronse las fuerzas carlistas á pernoctar en Oliana, saliendo al siguiente día 30 para Pons. Serían las ocho de la noche de este día cuando nos pusimos de nuevo en marcha, y en la madrugada del 31 fué llamado por el insigne Castells el jefe del 5.º de Aragón á quien nos venimos refiriendo, como acontecía siempre antes de atacar, é ignoramos qué le diría, mas sí sabemos que con un paisano á la cabeza tomó el batallón nuevo rumbo, oyéndose al poco rato cornetas tocando diana; diez minutos después otro toque de escuadra para la infantería y de botasillas y grupas para la caballería, coincidiendo el toque de llamada con nuestro arribo á las inmediaciones de Agramunt y rompiéndose el fuego con las primeras guardias, á la vez que por la derecha é izquierda, respectivamente, verificaban lo mismo los de Lérida y Barcelona mencionados, y después de una resistencia digna de mejor causa, se obtuvo el resultado de coger al enemigo dos escuadrones de caballería y los infantes que no se metieron en la iglesia, rescatándose 16 jinetes con sus caballos apresados el día anterior á otras fuerzas nuestras en Artesa de Segre.

El médico del 5.º batallón asistió á los heridos contrarios, dejándolos en libertad por no considerarse prisioneros ni aun á los contusos. Entre nueve y diez de la mañana recibió orden el jefe del 5.º de Aragón de retirarse, y así lo verificó, debiendo consignar que este señor recibió dos balazos en las cinco horas y media que estuvo sirviendo de blanco á las afinadas punterías de la torre de la iglesia, tejados y huecos de las casas, desde donde se dirigía constantemente un fuego nutrido al centro de operaciones en que se hallaba. A este ataque también concurrió, treinta minutos después de roto el fuego, la caballería del Centro. Entre los prisioneros se hallaban un coronel y dos comandantes graduados, uno de ellos hijo del general Jaquetot, y cinco subalternos, entre los que se encontraba un hijo del entonces presidente del Consejo de Guerra

y Marina, general Marchesi. Aquella noche fueron llevados los prisioneros á Calaf, y al siguiente día á Solsona, en donde fueron entregados á otras fuerzas para conducirlos al depósito de Camprodón. En Solsona el Jefe del 5.º de Aragón invitó á la oficialidad prisionera á tomar café y cigarros, por vía de despedida, llevándolos durante la marcha de los días anteriores montados, por concesión del inolvidable Castells.

El contraste del 5.º con los otros no podía ser más desconsolador. Mientras que del 5.º, atacando, comiendo mal y durmiendo peor, no se había desertado un solo individuo, los demás batallones, sin atacar y con vida plácida relativamente, aparecían casi disueltos por la deserción. Lo mismo acontecía con las Divisiones del Maestrazgo y Valencia, y por lo visto los batallones de Cataluña también estaban bastante merdados, pues su contingente fluctuaba entre 250 á 300 plazas presentes (1). Se conoce que éstos desde las conferencias en Olot de sus jefes con Martínez Campos estaban recelosos y cariacontecidos. Las mercedes recibidas con posterioridad por algunos de los conferenciantes, explican en gran parte esas provocadas deserciones, pues abandonado el voluntario á sus propias fuerzas, y no dándole un cartucho para defenderse, instintivamente opta por los temperamentos de retirarse de una lucha en que no ve más que una muerte cierta, sin honor ni provecho. Al carecer de elementos de guerra y faltarle la dirección y energía de sus caudillos, pierde el soldado la moral en todo ejército, y perece éste ruinoso y rápidamente; y aunque las promesas á algunos no hayan salido á la superficie, no se deduce que no hubiese pactos, sino que por no hallarse perfeccionados los contratos é inteligencias habidas, al observar el enemigo la vertiginosa disolución de las Divisiones del Centro y Cataluña, jugarían nuevos regateos hasta reducir á la nada lo ofrecido en un principio y no aceptado en espera de más.

Lizárraga, encerrado en La Seo, sucumbe ante el número y los elementos, por carecer de medios de resistencia, destacándose, no obstante, ante tanta miseria, para consuelo de los buenos y severa protesta contra los malos la atlética figura de D. Juan Castells, dando público testimonio de su noble entereza para ejemplo de la posteridad. Su recuerdo es imposible borrarlo, ni aun será oscurecido por la injuria de los tiempos. De tal magnitud es el astro eclipsado en la tierra para aparecer con más grandeza en el cielo.

Profesó tan cariñosa y pública simpatía á nuestro batallón, que siempre quiso retenerlo á su lado, alojándose con él y su compañía de guías en los pueblos que pernoctaba, mandando las demás fuerzas á otros pueblos inmediatos, lo cual fué una envidiable satisfacción para todos nosotros, que siempre hemos guardado en nuestros pechos tantas aficiones á ese heroico General

(1) No se olvide que la época á que se refiere el autor de este escrito, era la del final de la guerra en Cataluña. (N. de la R.)

y al pueblo catalán en justa correspondencia, puesto que en todas partes fuimos muy bien considerados.

MARIANO RUBIO.

NUESTROS GRABADOS

Cromo del presente número.

A la derecha del que mira, sobre la puerta, en el centro, estandarte de la Escolta de Caballería de Su Alteza Real el Infante Don Alfonso; á la derecha, banderín del 8.º de Guipúzcoa; á la izquierda, otro banderín; debajo, fusiles y boina de voluntarios carlistas.

Sobre la otra puerta, á la izquierda, estandarte de la partida volante llamada Almogávares de Nuestra Señora de Begonia, que operó principalmente en el sitio de Bilbao; á derecha é izquierda, las banderas que, con los colores nacionales, ostentaba Don Carlos sobre sus tiendas en la campaña turco-rusa el año 1877; debajo, fusiles y boina de voluntarios carlistas.

En el centro, entre las dos puertas, bandera del 1.º Batallón del Maestrazgo; debajo, asomando y tapada por la anterior, la bandera negra de D. Manuel Santa Cruz, que le fué quitada por las fuerzas Reales al mando del Marqués de Valde-Espina, al declarársele rebelde; á la derecha del que mira, bandera del 1.º Batallón de Lérida, bordada ya para el movimiento de 1823; debajo de ésta, la bandera del vapor *Alar*, con la cual se hicieron muchos desembarcos de cañones, fusiles y material de guerra en la costa cantábrica, rompiendo el bloqueo de la escuadra; á la izquierda, una bandera del ejército Real de Cataluña; debajo, asomando, bandera del 8.º Batallón del Maestrazgo; sujetando las cuatro últimas banderas, boina azul usada por Su Majestad la Reina Doña María Teresa en la guerra de los siete años; debajo, silla del caballo montado por Don Jaime cuando fué á visitar á Su Augusto Padre durante la guerra; á ambos lados, pistoleras de Carlos VII; debajo de ellas carteras de campaña del Señor Don Carlos V, y en medio bandera de la partida de Querol, provincia de Tarragona, atravesada de varios balazos; debajo, sobre el mármol de la chimenea, estampilla del Rey, sellos de Ministerios, Direcciones de armas, etc.

Don Castor de Andéchaga.

(Pág. 65.)

Hijo de familia noble y distinguida, nació en Gordejuela D. Castor de Andéchaga el día 21 de Marzo de 1803. Empezó su carrera militar en Abril de 1822 como cabo segundo del 3.º Batallón de realistas de Vizcaya, y se encontró en los días 27 y 28 del mismo en las acciones de Aramayona y San Blas de Ceberio; en las de Orduña, Echandiano, Eristabazo, Muriqueta y Bermeo, los días 9, 11, 14, 19 y 20 de Mayo; en 24 del mismo fué ascendido á cabo primero; en las acciones de Morga, Billota, Villalba, Bermeo, Venta de Ureta, Plasencia, Arechavaleta y Arrigorriaga, en los días 4, 8, 9, 11, 12, 27, 29 y 30 de Junio y el 11 del mismo mes fué nombrado sargento segundo. Los ataques y encuentros en que tomó parte durante el mes de Julio, ocurridos en los días 6, 7, 15, 21, 25, 28 y 29 del mismo, fueron los de Lezama, Orduña, Orozco, Santa Agueda, Lemona, Motrico, Lequeitio y Durango; en Agosto en los de Mondragón, Mendaro y tercero de Mondragón, en los días 2, 13, 15, 21, 28, 29 y 30. En Septiembre, en las acciones de San Fausto de Cenauri, San Sebastián de Colisa, Villaverde, Aibar y Beci, los días 2, 3, 10, 16 y 21; en 4, 6, 7, 10, 14, 15 y 23 de Octubre en, las de Valmaseda, Aranzazu, Arizcorbe, Meñaca, Arcentales, Estella, segunda de Villa-

verde y Gurriezo, en la que con sólo siete hombres sorprendió la guarnición de aquel punto, cogiendo 56 fusiles. El 30 del mismo mes se halló en la de Osuna. En Noviembre, en las de Valmaseda, segunda vez, Zalla, Villarreal, Berrón y Villarcayo, en los días 6, 12, 17, 18 y 23 del mismo, y en 4, 5, 8, 12, 16 y 24 de Diciembre, en la Nestosa, Limpías, segunda de Nestosa, altura del Collado, Arciniega y toma de Castro. El año 1823 continuó en campaña con las mismas fuerzas, y se halló en la acción de Liendo, el 7 de Enero; en la de Sopuerta, el 15; en la de Navarniz, el 16; en la de Bilbao, el 24; en la de Udalla, el 28; en la de Guernica, el 29; en la de Ramales, el 30; en la segunda de Gurriezo, el 8 de Febrero; en la de Portugaleta, el 10; en la de Arcentales, el 11; en la de Arroyo de Valmaseda, el 13, y en la de Bárcena; el 17. El 9 de Marzo asistió á la de Orduña; el 19 á la de Saracha; el 23 á la de Penorras Erucos; el 29 á la de Montellano de Galdames; á las de Bilbao y Laredo, en los días 3 y 20 de Abril, y á la sorpresa de Escalante y bloqueo de Santofña, hasta la rendición en 9 de Julio.

El Sr. Andéchaga, que en 15 de Marzo de 1823 fué nombrado por Real despacho Teniente con grado de Capitán, estuvo con licencia ilimitada desde el año 1824 hasta el de 1832, inclusive.

El día 3 de Octubre de 1833 nombró Carlos V al Sr. Andéchaga primer Comandante del 7.º Batallón de Vizcaya, con el cual se batió el 9 del mismo mes en Ontón; el 1.º de Diciembre en Portugaleta; el 2 en Baracaldo; el 12 en Carranza; el 20 en la acción de Valmaseda; el 29 en la de Somorrostro, y el 31 en la de Galdames, habiendo sido nombrado Coronel efectivo de Infantería el 26 de Noviembre de 1833. En el siguiente año volvió á asistir el Sr. Andéchaga á una nueva acción el 5 de Enero; á la Gordejuela el 13; á la de Carranza el 25; á la de Sodupe el 30; otra vez á la de Gordejuela el 5 de Febrero; á la de Valmaseda el 24; á la de Baracaldo el 20 de Marzo; á la de Portugaleta el 21, á la de Zaldue el 27; á la de Zalla y Gordejuela el 10 de Mayo; á la de Arciniega el 30; á la de Areitio el 14 de Junio; á la de Sodupe el 29; á la de Baracaldo el 30; á la de Güeñes y Galdames el 27 de Julio; nuevamente á la de Gordejuela el 12 de Agosto; á la de Sopuerta el 26; á la de las inmediaciones de Bilbao el 2 de Septiembre; á la de Carriezo el 4; á la de Villarcayo el 19; á la de Ampuero el 24; á la de Zalla el 12 de Octubre; á la de Sopuerta el 31; á la de Arrancudiaga el 10 de Noviembre; á la de Arrigorriaga el 6 de Diciembre, y á la de Salvá y Gorbea el 7 del mismo mes.

Prosiguiendo la guerra civil cada día más encarnizada y reñida durante el año de 1835, el Coronel Andéchaga tomó parte en los combates y encuentros que casi diariamente se repetían, y especialmente en los ocurridos en 4 de Enero en Mercadillo de Mena; el 13 en Baracaldo; el 26 de Febrero en Gurriezo; el 10 de Marzo en Mena; el 17 otra vez en Mercadillo; el 28 en Ampuero; el 1.º de Abril en Terrueza; el 3 en la loma de Castro; el 8 de Mayo en la Cuadra; el 15 en Cenarruza; el 1.º de Junio en Alvia; el 11 en Mena; el 24 en Castrejana; el 1.º de Julio en Somorrostro; el 6 en Llodio; el 20 en Limpías; el 1.º de Septiembre en Portugaleta y el 11 en Arrigorriaga.

El día 8 de Enero de 1836 se hallaba el Coronel Andéchaga en Sodupe, cuando supo que unos 250 hombres de los que componían la guarnición de Valmaseda se hallaban en Zalla, y con casi igual fuerza marchó á este punto, dejando el resto en Sodupe para coger á la tropa liberal entre dos fuegos dirigiéndose á apoderarse de la cumbre de Pincuergun, trabándose en ésta un rudo combate, quedando al fin victorioso Andéchaga, quien hizo bastantes prisioneros al enemigo.

Después concurrió Andéchaga á las órdenes del General

Eguía á la toma de Valmaseda y Mercadillo de Mena, y nombrado Comandante general de las Encartaciones, dió en 16 de Marzo la acción del castillo de la Piedra; el 25 y 26 de Abril las del valle de Mena; el 26 de Mayo y el 16 de Junio nuevamente en el castillo de la Piedra; el 19 y 20 del último mes sobre Valmaseda y alturas de Güeñes, y el 26 en el valle de Mena.

Por Real decreto de 13 de Julio de 1836, fué el Sr. Andéchaga ascendido á Brigadier, y después de haber sostenido el 19 otra acción en el valle de Mena, emprendió el 23 una excursión pasando el puente de Liempisal, donde se tiroteó con un batallón liberal. Continuó marchando por Galdácano hacia Carranza, cayendo el 27 en su poder las tropas liberales que guarnecían el valle. Dejó después en Carranza el 8.º de Vizcaya, regresando á la Nestosa con el 2.º y el 7.º, y el 19 de Agosto tuvo un encuentro en Ampuero con la columna de Iriarte. El día 25 sostuvo una reñida acción, en la que hizo prisioneros al Coronel La Plana, á su ayudante y á unos cuarenta soldados.

Otro encuentro victorioso sostuvo el Brigadier Andéchaga en Otañez el 9 de Septiembre, cogiendo en él bastantes prisioneros al enemigo. El 30 del mismo mes se halló en el encuentro de Liérganes, y el 13 de Octubre sobre Valmaseda. El 23 del mismo mes pasó á tomar parte en el tercer sitio de Bilbao; en el que se halló hasta su levantamiento.

Cuando fué nombrado General en jefe del ejército carlista el Infante Don Sebastián, este señor nombró al Brigadier Andéchaga Comandante general de la División Cantabria. Desempeñando este cargo se batió en Sopuerta el 2 de Febrero de 1837, y en Guardamino el 29 de Julio del mismo año; en el siguiente concurrió desde el 2 al 28 de Enero al bloqueo de Valmaseda; el 30 y 31 del mismo á la acción de Villanueva de Mena; el 14 de Febrero á la de Llanos; el 1.º de Abril á la sorpresa de Laredo; el 7 de Junio á la acción de Ramales; el 26 del mismo á la de Osada; el 5 de Octubre á la de Limpías; desde el 16 al 20 de Octubre á las del valle de Soba, y el 18 de Diciembre á las de Ampuero.

Durante el año 1839 continuó desempeñando el cargo de Comandante general de Santander y las Encartaciones, batiéndose el 2 de Enero en Udalla; el 24 del mismo al 13 de Mayo en el sitio de Ramales; el 2 de Junio en la sorpresa de Ampuero, y desde 24 de Junio hasta fines de Julio, en la línea de Amurrio.

Adhirióse al Convenio; pero pronto se retiró á la vida privada aquel bizarro militar que había asistido á más de 180 hechos de armas y en menos de cinco años de campaña había sabido trocar con su inteligencia y bizarría los galones de cabo en entorchados de Brigadier, hasta tanto que vió ondear de nuevo en aquellos sus queridos campos de Vizcaya la bendita enseña á cuya defensa consagró los primeros años de su vida; volvió entonces de nuevo á la pelea, y aunque ya de edad más avanzada, aquel hombre de corazón animoso se lanza á campaña en Agosto de 1873, y en medio de reñidos encuentros organiza en breve tiempo aquellos batallones de Encartados que dirigidos por él se cubrieron de tanta gloria en la línea de Somorrostro.

El Brigadier Andéchaga se apoderó del destacamento que guarnecía Ortuella, entró en Portugaleta, sostuvo un rudo combate con Lagunero y escarmentó tan duramente á la columna de Villegas, que la obligó á retirarse á Santander. Tomó muy activa parte en el sitio de Portugaleta á principios de 1874; el 15 de Febrero rechazó solamente con los dos batallones de Encartados, el vizcaíno de Arratia y el castellano de Burgos, á la división Primo de Rivera, que fuerte de 7.000 hombres trató de forzar las posiciones carlistas para socorrer á Bilbao.

Ya ascendido á Mariscal de campo, batióse bizarramente D. Castor Andéchaga en la batalla de Somorrostro, ocupando con las fuerzas de su mando posiciones de vanguardia; en la batalla de San Pedro Abanto ocupó con el batallón de Arratia, el 1.º de Castilla y los dos Encartados, la línea de Ciérvana y las posiciones inmediatas á este pueblo. Finalmente, el 26 de Abril fué con los dos batallones de Encartados á ocupar el pueblo de Talledo; y el día 28 se vió atacado por más de 12.000 hombres, á los que sólo podía oponer dos batallones de pocas plazas, que en junto no llegarían á 1.000 soldados; mas no arredró esta desproporción numérica al general Andéchaga, quien se sostuvo en su puesto conteniendo heroicamente al enemigo hasta morir gloriosamente atravesado de un balazo, sin haber cedido un palmo de terreno al enemigo.

A su lado cayó también mortalmente herido su celoso Capellán, que acudiera presuroso á prestar al General los auxilios de la Religión: momentos terribles, en que el dolor profundo que á todos embargaba, debía ser instantáneamente sofocado; porque el mismo amor que le inspiraba exigía, en tan críticos momentos, toda la actividad y diligencia para salvar los adorados restos del general de la ignominia de caer en poder del enemigo, que por momentos iba cerrando la retirada. Los esfuerzos que el amor, excitado por el peligro, inspiraba á aquellos doloridos voluntarios; consiguieron su propósito, poniendo á salvo los restos de Andéchaga y de su Capellán, que obtuvieron cristiana sepultura en Sodupe.

Nada puede dar una idea más cumplida de la confianza que las cualidades del General Andéchaga inspiraban, no sólo entre sus subordinados, sino en todo el país, como los transportes de dolor que siguieron á su muerte, y los temores que ésta despertó, respecto al porvenir de las fuerzas á que supo dar tan brillante organización.

Con justicia, pues, aun hoy Don Carlos y su Partido conservan gratísimo recuerdo de las excepcionales cualidades del ilustre caudillo, y deploran su muerte.

Don Carlos pasando revista y examinando las defensas.

(Pág. 68.)

Episodio de las memorables batallas de Somorrostro, que ha dibujado el Sr. Urgellés teniendo á la vista unos apuntes del natural.

Grupo de los asistentes de Don Carlos en la guerra de Oriente.

(Pág. 69.)

Los nombres de los dos primeros son: Lorenzo Arbula y Julián García Pagi. Los otros dos son cosacos del Don.

Homenaje á Valde-Espina.

(Págs. 72 y 73.)

Composición y dibujo del Sr. Pellicer Monseny, que dedica EL ESTANDARTE REAL á la memoria del insigne prócer vizcaíno que honró estas columnas con su firma.

Tres cantos.

(Págs. 75 y 76.)

Las cinco viñetas del citado artista Sr. Pellicer Monseny, complementan el homenaje que al insigne Marqués fenecido se complace en dedicar esta Ilustración.

Imp. «La Ilustración» a c. de Fidel Giró, Paseo S. Juan, 168.



CONDUCCION DE UN HERIDO, CUADRO AL ÓLEO POR J. LLOVERA.

100